



*Seguro que pequeña a menos que como
hay dudas tan atravesadas y enormemente
cabozonas que se encastillan sin motivo en sus
tríceps — y no hay forma, por más se dovan
uno los osos por hacerlas entrar en razón y
personaditas de lo muy poco saludable que es
para su integridad y su salud esa actitud tan
inflable, de disparlas — se está tratando
(en el caso de esta duda ojala objeto de la
divertación que nos ocupa) de una de esas
dudas irrazonables con las que de cuando en
cuando la más proclara de las mentes (como a
buen seguro lo es la suya) se topa sin poder
evitarlas.*

**Inicio*

Mi perfil

 [dimegueno](#)

December 14th, 18:30

Me llamo Amada Asís de Jaula

Soy hija de Felicísimo Asís, empleado de banca, y de Verbena de Jaula, de ocupación sus labores.

Nací el día 29 de abril de 1965 en el sanatorio de Nuestra Señora del Rosario; en la ciudad de Madrid (España, para quien me lea desde muy lejos y no sepa que Madrid es la capital de un país que se llama España está exactamente en el sur de Europa¹, a mano izquierda, justo encima de África).

Siempre he vivido en Madrid.

A la edad de tres años empecé a ir al colegio, un colegio estatal que se llamaba (y se sigue llamando) Patriarca

¹ Europa es un continente que está en el planeta Tierra que, a su vez, y junto con otros siete planetas (durante mucho tiempo fueron nueve, en total, pero a Plutón lo terminaron echando porque no se ajustaba a la normativa, o no daba el perfil, o le pasaba algo) gira (o giraba, por lo menos, cuando fue escrita la biografía que tiene usted, amable lector, frente a sus ojos) alrededor de una estrella que se llama Sol (no sé si en las latitudes de usted es conocida) y, todos juntos, el Sol y sus planetas (que reciben, en conjunto, el nombre de Sistema Solar), se encuentran ubicados en una nebulosa muy grande, compuesta de muchas estrellas y muchos planetas arremolinados todos cada cual alrededor de su respectiva estrella formando los correspondientes sistemas.

Pues ahí, en ese planeta Tierra, dentro del Sistema Solar, dentro de esa nebulosa grande compuesta de muchos sistemas (solares o del tipo que les corresponda) que, junto con otras nebulosas también muy grandes y también con sistemas varios se mueve por el Universo (que no se debe confundir con el Infinito, creo) no sé ya si alrededor de alguna otra cosa o entidad o si a la deriva o por su cuenta o a la buena de Dios; ahí, en ese planeta (del que como curiosidad puede decirse que es el único en todo el Universo en el que habitan – o habitaban, claro, que yo no sé cuándo está usted leyendo – seres denominados humanos; ahí, en ese planeta denominado Tierra, en un continente denominado Europa, al sur y a mano izquierda (según se mira desde fuera, no según se está desde dentro), justo enfrentito y arriba, al norte, de otro continente denominado África, está España, y dentro de España está Madrid, la ciudad en que vivió y creció nuestro pequeño y primitivo serecillo elemental cuyo nombre fue Amada y en cuyo descargo se puede aducir que cómo habría podido ser de otra manera en un lugar tan remoto y, lo que es más determinante aún, en un tiempo tan antiquísimo (Nota del editor).

Obispo Eijo Garay. Está ahí, justo enfrente, al otro lado de la glorieta; lo veo cada día desde la ventana y, recuerdo, las niñas, todas las niñas del colegio, decíamos, cuando nos preguntaban esas simplezas del estilo de a qué colegio vas o si quieres más a papá o a mamá que se acostumbra preguntar a los niños, que íbamos al “hijo de Garay”... Crecí intrigada echando cábalas acerca de cuáles serían los méritos del hijo tan importante de un “Garay” por cuya identidad me interesé en no pocas ocasiones, asaeteando con preguntas a mi madre; pero mi madre, mujer sencilla y de escasa instrucción, no supo responderme.

Allí permanecí hasta que, a los nueve años, en octubre de 1974, me llevaron a lo que yo denominé ya para siempre “mi colegio de las niñas ricas” y era (y es) el de Nuestra Señora Santa María.

No fui feliz allí; no lo habría sido, quizás, en ninguna otra parte siendo, como fui siempre, tan resistente a la felicidad como a las anginas, que padecí apenas unas tres o cuatro veces en toda mi infancia...

Sigamos:

Estuve allí hasta los 18 años, cuando al terminar en junio del año 1983 el curso en que no aprobé lo que entonces se llamaba Preuniversitario² mi padre — aburrido de gastar tanto dinero para total no haber sido la niña ni capaz de encontrar novio entre los hermanos o primos de las compañeras de buena situación social entre las que “la niña” (puñetera y atravesada) no hizo jamás una sola amiga — tiró desesperado la toalla no sin antes preguntarme una tarde, muy cargado de razón “¿qué decides: vas a repetir el curso o compramos las alfombras?”.

² Este dato parece ser inexacto, pues por aquellos años parece ser que tal denominación había sido reemplazada por la de COU (Curso de Orientación Universitaria) (Nota del editor).

La grande, de buena calidad por lo visto, aún está y en bastante buen estado en lo que se denomina — sólo entre los allegados — “el despacho”.

Mi padre siempre había fantaseado que cuando cumplierse los 18 daríamos una fiesta para ponerme de largo.

Nunca hice acopio de valor para preguntar dónde daríamos la fiesta ni quiénes o cuáles serían los invitados.

Mi padre es que era una persona muy graciosa, a su manera. En su obstinación por declararse republicano y anticlerical se mostró de un horroroso mal humor cuando, un domingo de mayo del año 1971, hice la primera comunión junto a las otras niñas no sé si de mi edad o de mi clase. Mi madre me había hecho un vestido de encaje, muy elaborado, con un velo que arrastraba prendido de una diademita de perlas (falsas) que me daba un cierto empaque de emperatriz pequeñita y, para quitarse la espina de aquella primera comunión que no le había hecho a él ninguna, pero que ninguna gracia, organizó que al domingo siguiente mi madre volviera a hacerme los tirabuzones y, vestida otra vez de emperatriz, nos fuimos a comer a un bar que estaba en la calle Conde de Peñalver y se llamaba El Brillante.

Pero, bueno; que dije que sí, que las alfombras, y empecé en octubre de aquel año a acudir a clases de mecanografía y taquigrafía sin que él, mi padre, depusiera su actitud de permanecer empecinado en que sería, total, para encontrar un trabajillo de poco más o menos que me tuviese distraída hasta que, según las predicciones (véase [el velador](#), si es que se quiere; no me siento con ánimos de volver a contar algo tan estrafalario), me casase.

